



EL DIARIO SILENCIADO

Primer capítulo

Una muestra de lectura de la novela

Jesús Alberto Pérez

Muestra gratuita para lectura personal. Prohibida su venta o distribución no autorizada.

EL DIARIO SILENCIADO

Primer capítulo

A continuación puedes leer una muestra del inicio de la novela.

Antes de que la verdad saliera a la luz, hubo un diario. Y una frase que lo cambió todo.

DIARIO DE MARINA

14 de marzo de 2023

La Ceiba, Honduras

Hoy ha sido uno de esos días que me recuerdan por qué estoy aquí. Hace ya varias semanas que llegué a Honduras con solo una mochila y la cabeza llena de ilusión. Es mi segunda misión como cooperante internacional, pero esta vez siento algo distinto. No es solo por el proyecto o el destino. Es la necesidad visceral de hacer algo real, tangible, necesario. Después de tantos años entre oficinas y conferencias, quería volver a pisar el terreno. Y aquí la tierra huele a café, a polvo, a esperanza mezclada con miedo.

La ONG con la que colaboro, Fundación Raíces Vivas, tiene su base en las afueras de La Ceiba, una ciudad costera de un contraste constante. Hay negocios familiares modestos con carteles pintados a mano y, por las mañanas, los puestos de fruta ocupan las esquinas con montones de mangos, papayas y racimos de banano. El centro tiene algo de desorden, de vida sin filtro. En los parques la gente juega al dominó o simplemente mira cómo pasa el día. Algunas fachadas están desgastadas por el tiempo, pero otras sorprenden con murales coloridos que hablan de identidad, de lucha, de raíces.

Aquí ayudamos a mujeres en situación de violencia, muchas de ellas migrantes retornadas desde la frontera de México o Estados Unidos, a reconstruir sus vidas. Yo me encargo de coordinar el programa de inserción laboral: talleres, microcréditos y orientación legal. En el papel parece todo perfecto. En la práctica... bueno, me he dado cuenta pronto de que aquí nada es tan sencillo.

Hoy me he despertado antes del amanecer. El ventilador hace lo que puede, pero la humedad en La Ceiba es un animal que te abraza sin permiso desde muy temprano. Aun así, me he vestido con ganas.

No siempre pasa. Pero hoy sí. He notado que el trabajo tenía sentido. Que las historias que recogemos aquí valen más que las cifras y los informes que mandamos a Miami.

Me he dirigido al centro comunitario caminando desde la casa de voluntarios, cruzando calles donde los niños juegan descalzos entre gallinas y motos oxidadas que circulan ocupadas en ocasiones por más de dos personas. He saludado a las vecinas que siempre te reciben con sonrisas sinceras. Es una ciudad hospitalaria, aunque también sabe cuidar sus secretos.

El centro está lleno desde temprano. El edificio de la fundación es modesto pero vivo: paredes color turquesa, murales pintados por las propias mujeres, una cocina comunitaria siempre oliendo a frijoles y tortillas. Aquí me siento útil escuchando historias durísimas con una libreta en la mano, a veces sin saber si llorar o seguir escribiendo.

Han llegado cuatro mujeres nuevas, una con un niño de tres años que no hablaba. Violencia intrafamiliar, desarraigo, pobreza. Siempre el mismo hilo invisible que une sus vidas como una cuerda tensa. Les hemos preparado un desayuno reconfortante, una muda de ropa limpia y un rato para respirar. A veces eso ya es un comienzo.

Como todos los días coordino los talleres con doña Lety, la contable local. Ella es práctica, silenciosa, lleva años aquí. Reparte los recursos como si fueran suyos y se asegura de que hasta el último saco de arroz se use dónde debe. Me cae bien, aunque a veces esquivaba demasiado las preguntas.

Hoy, revisando los informes de donaciones, encontré una transferencia que no me cuadraba.

Fundación Amanecer – 25.000 USD – “Apoyo logístico, programa rural”

La línea era clara, pero... no reconocía el nombre. No está en los informes de socios habituales, ni en las actas. Se lo he comentado a Lety y se ha limitado a decir que son “donaciones externas gestionadas desde la oficina central”. Tras ello ha murmurado algo que no he llegado a escuchar, se ha encogido de hombros y ha cambiado de tema.

Nota para mí misma: buscar esa Fundación Amanecer cuando tenga conexión más estable.

Voy a dejar esto por hoy. Mañana es jornada de campo, viajamos al interior. Prometo escribir más desde allí, si la señal lo permite.

23 de marzo de 2023

La Ceiba, Honduras

Hoy no me puedo quitar el nudo del estómago.

He pasado parte de la mañana sola en la oficina, aprovechando que Julio y los demás salieron con el equipo médico a la zona rural. Me he quedado ordenando las actas del mes, y algo ha vuelto a llamarme la atención. La Fundación Amanecer aparece otra vez. Esta vez por 48.000 USD, sin ninguna justificación clara. La transferencia llega desde una cuenta panameña.

He revisado el sistema. No hay ningún expediente vinculado. Ni acta. Ni proyecto aprobado. Nada.

Entonces he vuelto a mirar el correo corporativo de la oficina de Tegucigalpa. Lety dejó su sesión abierta por error. Sé que no está bien, pero lo he hecho. En la carpeta de “convenios firmados” he encontrado tres correos con documentos adjuntos. Archivos firmados por alguien que no figura en ningún organigrama. El nombre es nuevo para mí: H. Davis.

No había cargo. Tampoco había foto. Solo una firma escaneada y varios PDF que no he entendido del todo. Uno menciona “gestión migratoria regional”, otro habla de “intercambio de perfiles de riesgo”. No suena como ayuda humanitaria.

Una vez en mi habitación he intentado buscar a este tal Davis en Internet. He empezado por la Fundación Amanecer. Tan solo tienen una web rudimentaria, sin contactos, sin responsables. Solo una dirección postal... en Brickell, Miami.

En ese momento me he acordado de Daniel, pues en esa misma zona es donde tiene su despacho profesional. Desde que llegué aquí hemos hablado menos. Las horas de trabajo y la diferencia horaria. Le echo de menos.

He seguido buscando, pero hay muy poca información. Solo he encontrado referencias a varias empresas con nombres tan genéricos que oían a tapadera desde lejos: “Global Support Ltd”, “Orion Outreach”, “Tropic Trade Corp” ... Consultoría, servicios legales, filantropía internacional. No hay nombres. No hay oficinas reales. Todo son buzones. Todo huele a fachada.

Creo que no tengo que sacar conclusiones de manera ligera. No todavía.

Me cuesta mucho concentrarme. He cerrado el portátil y abierto la ventana. El calor es agobiante. Afuera, la ciudad ya duerme. El zumbido de los mosquitos se mezcla con el canto de los grillos y el rumor de alguna moto lejana.

Nota apresurada: Ver si Julio puede ayudarme a entender las conexiones entre Fundación Amanecer y el resto de las empresas. No contarle nada aún. Solo tantear.

24 de marzo de 2023

La Ceiba, Honduras

Me he encontrado con una de las beneficiarias más antiguas del programa, Maritza, una mujer de cuarenta años con ojos de acero y cicatrices visibles en los brazos. Le he preguntado directamente si conocía la Fundación Amanecer. Se ha quedado en silencio. Finalmente ha bajado la voz y me ha dicho:

—No deberías hablar de eso. Esa gente no ayuda, Marina. Esa gente compra.

—¿Qué compra?

—Silencios.

Y se ha ido. Sin darme más.

Estoy escribiendo esto en la habitación con las persianas cerradas. Cada sonido me pone alerta. No me atrevo a llamar a nadie. Daniel sigue lejos. No quiero preocuparlo. Además, ¿qué le diría? ¿Qué estoy investigando desde un ordenador compartido con una conexión lamentable?

No. No le puedo decir nada. No todavía.

27 de marzo de 2023

La Ceiba, Honduras

Desde aquel encuentro con Maritza, todo ha empezado a cambiar.

He intentado seguir con normalidad. He estado organizando los talleres, visitando los hogares, escribiendo los informes de progreso con una sonrisa falsa clavada en la cara como una máscara. Pero por dentro una parte de mí sabía que ya no iba a poder desentenderme.

Cada vez que miro a doña Lety, a los coordinadores locales, o incluso a algunos de los voluntarios recién llegados, me pregunto quién sabe la verdad. ¿Quién calla? ¿Quién cobra?

He seguido tirando del hilo. Detrás de los correos disfrazados de convenios de cooperación he llegado a una cuenta de correo personal que no pertenecía a ningún miembro de la fundación.

La dirección de correo era:

h.davis@fcomgroup.net

He ido a LinkedIn, luego a registros públicos. No había casi información personal. Solo estructuras empresariales en Panamá, Delaware y... Honduras.

¿Una firma estadounidense con sociedades activas aquí, financiando discretamente a una fundación supuestamente sin ánimo de lucro?

No necesito conocerlo. Solo sé que aquel nombre está en el centro de todo lo que yo no termino de entender.

1 de abril de 2023

La Ceiba, Honduras

Esta noche me he levantado de la cama y he salido al porche de la casa de voluntarios. Necesitaba respirar. Afuera, el calor era denso como una manta húmeda. Las montañas lejanas estaban cubiertas de niebla. Todo parecía normal, pero no podía dejar de mirar

hacia los árboles. Sentía que me observaban. No había nadie, pero no me importaba. La duda ya estaba sembrada.

De repente he recibido una llamada con número oculto. He contestado sin pensar.

—¿Marina Ellis?

—Sí. ¿Quién habla?

Tras un silencio breve una voz grave, educada y perfectamente neutra ha continuado.

—Le aconsejo que no se meta en asuntos que no le corresponden y deje de hacer preguntas.

He colgado de inmediato, con el corazón martilleándome el pecho. No había nombre. No había tono amenazante. Solo una advertencia clara, quirúrgica.

Me he encerrado en la habitación, he cerrado las ventanas y echado la cortina. He dormido con la luz encendida por primera vez desde que llegué a Honduras.

Pero por la mañana he fingido normalidad, saludando a todos como siempre. Pero algo ha cambiado. Las miradas eran distintas. Algunos me han evitado. Otros han sido amables en exceso.

He decidido hablar con Julio, uno de los técnicos de campo. Es joven, inteligente y ha sido muy cercano a mí desde el inicio. Nos hemos ido a un café del centro, lejos del edificio, y le he mostrado algunos de los documentos.

—¿Tú sabías algo de esto?

Me ha mirado en silencio. Luego ha bajado la voz.

—Hay cosas que es mejor no tocar, Marina. Tú no sabes quién está detrás.

—Henry Davis. Eso es lo que hay detrás —le ha cambiado la cara.

Me ha pedido que guardara silencio. Me ha explicado que la Fundación Amanecer no es solo una tapadera: es parte de una red de tráfico de personas que se valía de determinadas ONGs como canal de legitimación. Las mujeres que ayudamos son, a veces, seleccionadas. Algunas desaparecían. Nunca se habla de ellas.

—¿Y nadie hace nada? —he preguntado, furiosa.

—¿Hacer qué? Aquí los que saben, callan. Y los que hablan, desaparecen.

He sentido un vértigo físico. Como si el suelo del café se hubiera abierto bajo mis pies. Yo creía que estaba aquí para cambiar algo. Y ahora he entendido que el sistema estaba podrido desde dentro.

Después de la conversación con Julio he intentado hablar con la coordinadora general. Quería confrontarla, exigirle respuestas. Pero no estaba. Nadie sabía dónde se encontraba.

Ha sido entonces cuando he decidido dar el paso y actuar.

Lo primero, empezar a recopilar todo: correos, registros de transferencias, testimonios en voz baja. He guardado copias en una memoria externa y también he subido algunos archivos a la nube, en una carpeta cifrada. Me he puesto en contacto con una periodista de confianza en Tegucigalpa. Le he contado parte de la historia. Hemos acordado hablar en persona. Ella viajará a La Ceiba en tres días.

Tres días. Era todo lo que necesitaba. Solo tenía que resistir.

2 de abril de 2023

La Ceiba, Honduras

Esta tarde, después de toda la jornada ayudando en el edificio de la fundación, al volver a casa, he encontrado mi habitación revuelta. El armario abierto. Los cajones forzados. La memoria USB ha desaparecido.

No había mensajes. Ni amenazas nuevas. Pero lo he entendido claramente.

Ya no me estaban advirtiendo. Me estaban vigilando.

Y la próxima vez ya no será solo una visita.

5 de abril de 2023

Aeropuerto de Tocumen, Panamá (escala)

He tenido que escribir desde aquí, en la sala de tránsito. No pude hacerlo anoche. No pude dormir tampoco. Tengo el cuerpo cansado, los nervios desgastados, pero la cabeza despejada.

He dormido con una maleta medio hecha durante dos noches. Cada golpe en la puerta, cada ruido en el tejado me ha hecho pensar que venían a por mí. Pero no era solo miedo. Era la certeza de haber ido demasiado lejos.

La periodista, Gabriela Rivas, llegó finalmente a La Ceiba y nos vimos en la parte trasera de un bar, sin nombre ni cartel, con las sillas de plástico y un ventilador que no servía para nada. Le enseñé una copia parcial de los documentos, había hecho copias físicas por seguridad. Solo una parte. La otra la llevo conmigo. No tengo ya la seguridad de que los servidores y la nube sean infranqueables. Esta vez, todo viaja conmigo.

Gabriela ha sido muy directa. Me ha dicho que había visto cosas así antes, pero nunca tan estructuradas. Que el nombre de Henry Davis estaba relacionado con varios movimientos sospechosos, incluso investigaciones previas que se cerraron sin explicación.

—Esto no es una simple trama —me dijo—. Esto es una red. Bien tejida. Bien protegida.

Hablamos durante más de dos horas. Le conté lo que vi. Lo que escuché. Lo que intuí. Ella grabó parte de la conversación, pero al final apagó la grabadora.

—Marina, te van a vigilar de cerca. De hecho, ya lo están haciendo. Te tienes que ir de aquí ya. Yo lo moveré con mis contactos tanto en Miami como en los medios internacionales, pues si publico esto sin respaldo nos van a aplastar.

Le he dejado una copia física de los correos y las transferencias. Le he dicho que no hiciera nada todavía. Que no lo publicara. Que esperara a tener más respaldo.

—¿Y tú?

—Yo me encargo del resto —le he dicho.

He mentido. No sé si podré encargarme de nada. Pero sé que no puedo dejar esto aquí. Ni enterrarlo. Ni fingir que no lo he visto.

Esta misma tarde he dejado la casa de voluntarios sin despedirme. He tomado un autobús a San Pedro Sula. De ahí, un vuelo hasta Miami con escala en Panamá.

Nota para mí misma: Al llegar a casa, tengo que hablar con Daniel. No sobre esto, no todavía. Primero quiero abrazarlo, contarle que le he echado de menos. Después... quizás sí. Él trabaja con casos delicados, conoce el sistema mejor que nadie. Si hay alguien en quien confío para mover esto con cabeza y con justicia, es él.

A veces discutimos. Antes de salir para Honduras más de lo que me hubiera gustado. Pero no hay un solo día aquí en el que no haya pensado en él. En nosotros.

Me llaman para embarcar. Vuelo 322 con destino a Miami.

He escondido la memoria externa dentro del forro del portátil, y las copias físicas en el compartimento secreto del bolso de lona que compré en San Pedro Sula. Dudo que alguien revise ahí. Aun así, siento que cada paso que doy me acerca a un terreno más delicado.

Me voy con la sensación de que la historia no termina aquí. De que apenas empieza.

¿Quieres seguir leyendo?

La novela completa está disponible en Amazon.

Comprar en Amazon

© 2026 Jesús Alberto Pérez. Todos los derechos reservados.